

Historia del Río de la Plata

TOMO I



Roberto P. Payró

PARTE PRIMERA:

La aventura colonial española

CAPÍTULO I:

**Comienzos de la conquista
y la colonización**

Capítulo 1. Comienzos de la conquista y colonización

I. El medio físico

El territorio meridional desconocido por el cual penetraron los españoles cuando comenzaron la exploración, la conquista y la colonización de América austral abarca todas las tierras entre los océanos Pacífico y Atlántico desde una línea trazada a la altura del enorme lago Titicaca hacia la costa del Brasil, por el norte, y otra línea dibujada de este a oeste a partir del borde meridional de la isla de Tierra del Fuego.

En el Alto Perú (hoy Bolivia), la cordillera de los Andes forma el altiplano, una vasta meseta de la que arrancan muchos afluentes del río Amazonas y otros que descienden hacia el sudeste para unirse a la cuenca del río de la Plata. Una enorme franja montañosa, de anchura decreciente, separada del Pacífico por los valles centrales chilenos, prosigue por occidente la columna vertebral de todo el continente, dividida en dos columnas que se juntan a la altura del cerro Tupungato. Es ésa una región de altas cumbres nevadas, volcanes, lagos, salares y desiertos a más de 5.000-6.960 metros de altitud¹. Otros sistemas montañosos aparecen en cadenas más o menos paralelas a la línea de los Andes y se extienden hasta el oeste de la provincia de Córdoba; los picos más importantes de todo el sistema llamado "pampeano", constituido por las cadenas del Aconquija, Famatina y Velazco, son menos elevados pero llegan a alturas importantes.

Muy grandes caudales provienen principalmente de los ríos Paraná (4000 Km.), Uruguay (1600 Km.) y Paraguay

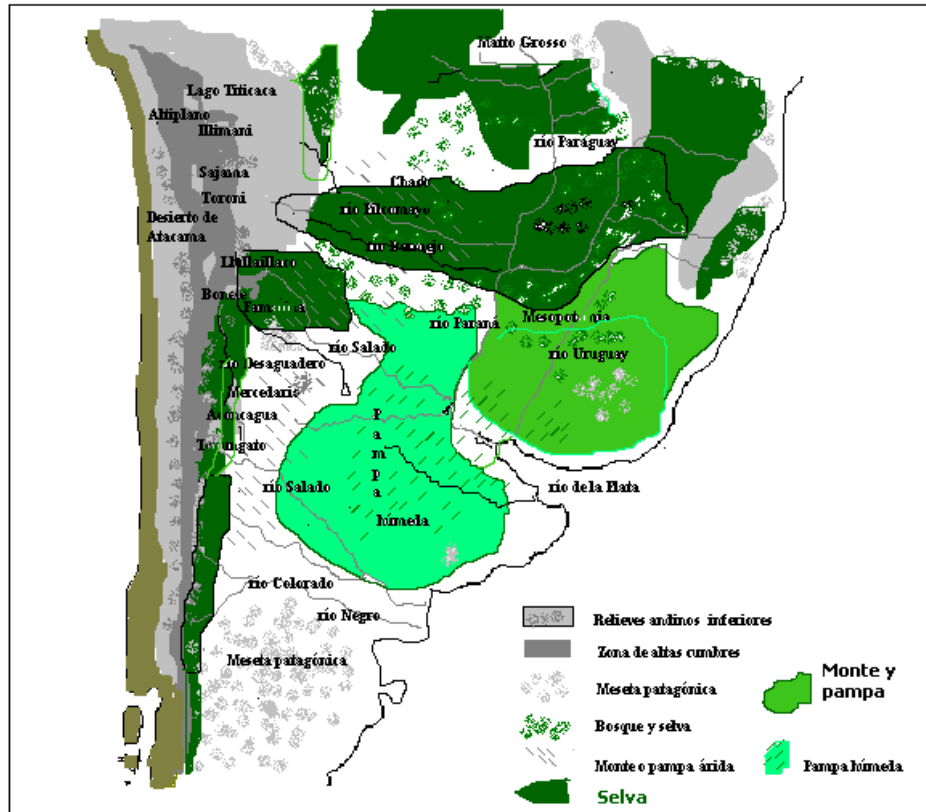
¹ Por ejemplo, de norte a sur, los cerros Socompa (6.031 metros), Chañí (6.200), Ojos del Salado (6.100), Bonete (6.000) Llullaillaco (6.723), Incahuasi, (6.620), Mercedario (6.770), Aconcagua (6.959) y Tupungato (6.800).

(2500 Km.), abastecidos por corrientes surgidas de cordilleras brasileñas, andinas y subandinas. Entre los dos grandes sistemas fluviales se extienden de oeste a este yungas, llanos, sabanas, esteros, bañados, selvas y zonas semi-áridas; interrumpidas hacia el sudoeste por las sierras pampeanas, desde las que aparecen llanuras de escasa pendiente, cada vez más fértiles, sobre todo en la parte oriental. Los bosques son de especies distintas según cuáles sean la altitud y la región climática: hay cebiles, laureles y tipas en el noroeste; quebrachos, guayacanes, algarrobos, talas, ñandubayes y palo santos desde el Chaco hasta el norte de Entre Ríos; chañares, caldenes, espinillos y algarrobos en las zonas de monte; pinos, cedros, ibirá-pitas, lapachos y urundayes en la selva misionera.

Entre los ríos Salado del Norte, Paraná y Uruguay surgen nuevas zonas boscosas y pantanosas, que en la mesopotamia se convierten en suelos bien irrigados más propicios para cultivos y ganado. Del otro lado del río Uruguay se extiende una zona de cuchillas y valles. En la desembocadura de los dos ríos más caudalosos se abre el estuario del río de la Plata, que llega a tener 350 kilómetros de ancho antes de echarse en el océano Atlántico.

Más al sur, a partir del río Colorado, aparece la inhóspita meseta patagónica, lindada por occidente por bosques, glaciares, lagos y montañas de los Andes. La cordillera es allí mucho más baja, pero hay picos de más de 3500 metros, como el Tronador (3.554) y el Lanín (3.776).

Mapa 1. Topografía del territorio



II. Primitivos habitantes de América austral

Desde sus primeros contactos con la población autóctona los conquistadores españoles iban a comprobar cuán distintas eran las tribus meridionales de aquellas de que tenían noticias a través de los relatos y las crónicas sobre las conquistas de México o del Perú.

Conocieron primero a los charrúas (parecidos a los caingang, chanás y timbués), desparramados por la costa oriental del río de la Plata y las riberas de los ríos Uruguay y Paraná, que eran nómades y guerreros y desconocían la agricultura; en eso se asemejaban a los querandíes, habitantes de la ribera sur del río de la Plata.

Remontando el río Paraná en dirección del Paraguay, hallaron a los guaraníes, de lejano origen tupí, poco reacios a la sedentarización, pues a pesar de su pasado belicoso cultivaban maíz, algodón, mandioca, zapallo y porotos; gracias a ellos iban a florecer los oficios agrícolas, primero en las encomiendas creadas para el reparto de tierras e indios entre los colonizadores, y luego en las misiones organizadas por los franciscanos o los jesuitas.

Los conquistadores que descendieron del antiguo imperio inca descubrieron tribus emparentadas con los quichuas y aimarás del Alto Perú. En las altas mesetas andinas vivían los atacamas, sujetos al rudo clima del altiplano a 3.500 metros de altura, lo que sin embargo no les impedía cultivar maíz en los bancales que abrían en las laderas montañosas o en campos despedregados a fuerza de brazo. En el valle de Humahuaca, prosperaba la tribu homónima, pueblo de constructores, cultivadores, tejedores, alfareros, cazadores y artesanos del oro, la plata, el cobre y el estaño, pero no por ello menos dotados para la guerra defensiva.

Más al sur vivían los "diaguitas", nombre genérico con el que se agrupaban etnias bastante diferenciadas, instaladas en una vasta región de la que aprovechaban los valles y quebradas de las cadenas secundarias de los Andes y se extendían hacia oriente. Eran agricultores sedentarios, aunque con hábitos guerreros, y no sólo sabían defender sus territorios con murallas, atalayas y "pucarás" (pueblos fortificados) de piedra, construidos en las cabeceras de los valles y en desfiladeros estratégicos, sino que también conocían las virtudes de la agricultura en bancales, escalonados en las laderas, como las murallas, y de la irrigación, pues construían acequias y terraplenes y diques para conducir el agua necesaria para las faenas agrícolas a base de maíz y de quínoa; guardaban sus cosechas en silos subterráneos y disponían de llamas, vicuñas y alpacas que domesticaban para usarlas como bestias de carga y aprovechar la carne y la lana; también sacaban buen partido de la madera y del fruto del algarrobo. En la región de Cuyo vivían los huarpes.

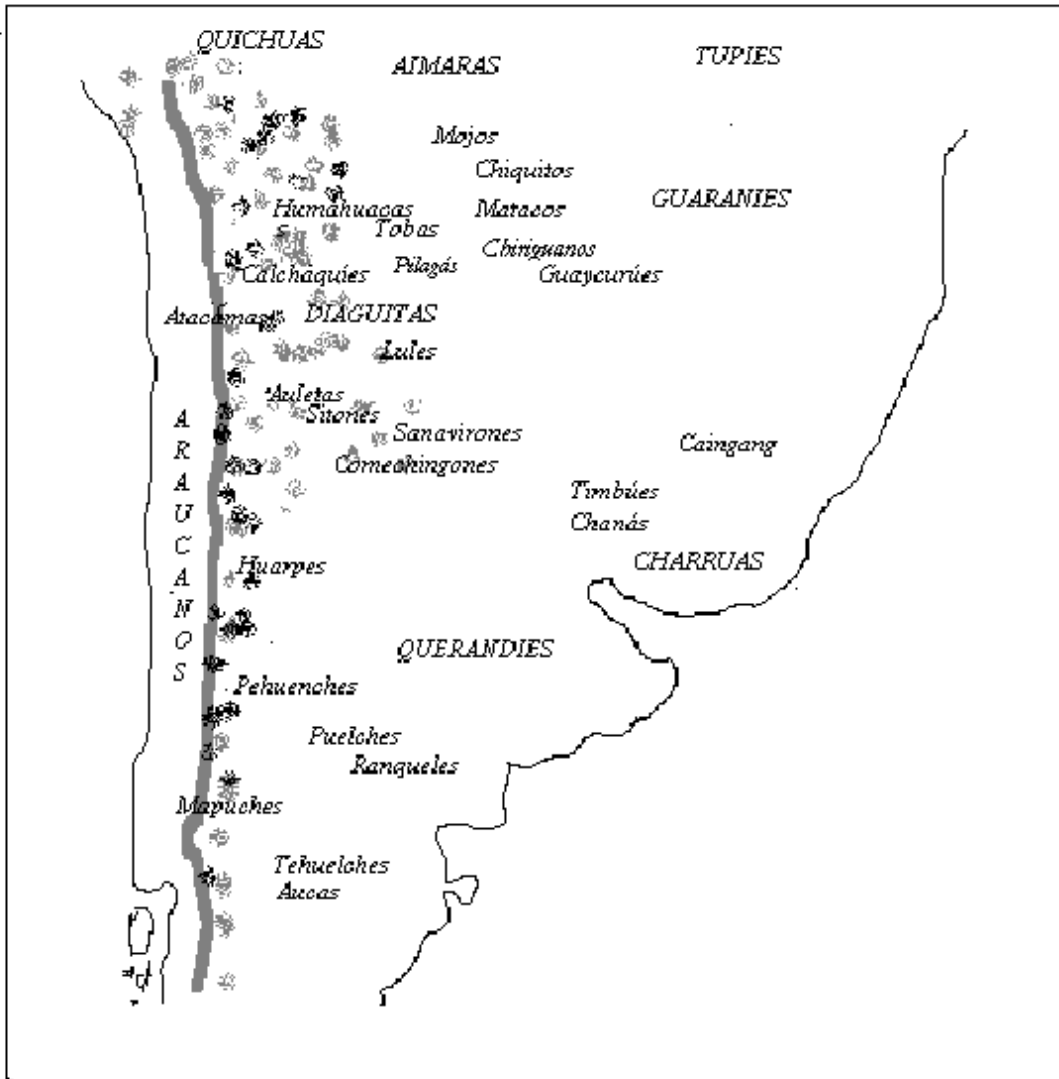
Del otro lado de la cordillera de los Andes habitaban las tribus araucanas (picunches, mapuches y huillices), raza orgullosa y difícil de doblegar, y aparentemente muy importantes numéricamente, pues quizá sumaron mucho más de 500.000 almas.

Los sitones, talalós, auletas, macacolitas, sauletas, nogolmas y otras tribus de comechingones eran los habitantes primitivos de Córdoba y La Rioja. Vivían en parcialidades divididas por cercas de piedra amontonada - las famosas "pircas", que todavía perduran en todo el noroeste -; moraban bajo aleros de piedra o en cuevas cavadas en los morros de tierra colorada. A la manera de los diaguitas, construían acequias, tomas y represas para la irrigación, sabían sacar partido del algarrobo, del zapallo, del chañar, del mistol y de los frijoles; cazaban venados y liebres, y hacían uso de guanacos domesticados y ovejas o cabras mansas. Sabían guerrear y durante un tiempo resistieron la invasión española.

Nada tenían que ver todas esas tribus bajo influencia de la gran familia diaguita con los chiriguano venidos del Brasil o las tribus de lules y vilelas, abipones, mocovíes, tobas, pilagas, maticos y guaycurúes, que eran sobre todo cazadores y guerreros nómades, dedicados a la caza, la pesca y la recolección, situados en el Chaco boliviano-paraguayo, las sabanas de los ríos Pilcomayo y Bermejo y los sectores más inhóspitos de las actuales provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Santa Fe.

Del resto de la población indígena de la actual Argentina -los puelches, tehuelches, pehuenches, ranqueles, pampas y otras subdivisiones- no se supo gran cosa hasta comienzos del siglo XVI. Más hacia el sur, las noticias que se tuvieron de los "patagones" y aucas, y de tribus mucho más primitivas de Tierra del Fuego -como los onas, yamanas y alacalufes- provinieron de expedicionarios como Magallanes o Sarmiento de Gamboa, que fue quien los observó de más cerca con motivo de sus expediciones por el estrecho de Magallanes.

Mapa 2. Principales familias indígenas



III. Principales corrientes conquistadoras y colonizadoras españolas

1. La vía del Atlántico hacia el corazón de la cuenca del Plata

En 1515, el Regente de España encomendó a Juan Díaz de Solís, ya conocido por sus viajes por el Caribe, Cuba, las costas de México y el litoral brasileño hasta los siete grados de latitud sur, la búsqueda de un paso marítimo hacia Oriente). Se creyó que emprendía viaje en dirección del cabo de Buena Esperanza, pero en realidad cruzó el Atlántico hacia el sudoeste, entró en el estuario del río de la Plata, al que llamó Mar Dulce, y lo recorrió hasta el Paraná Guazú antes de descubrir la isla de Martín García. Esa fue la primera "entrada", de la que no quedaron otras huellas que un legendario grumete, Francisco del Puerto, único sobreviviente de la matanza en que murieron Solís y su gente a mano de los indios charrúas, a raíz de una emboscada sobre la ribera del río Uruguay, y la presencia en el puerto de los Patos, frente a la isla de Santa Catalina, de un escaso número de náufragos rescatados de uno de los navíos que regresaban a España.

En 1519 Hernando de Magallanes, con encargo real de reiniciar la empresa confiada a Solís de fijar límites territoriales por Oriente, emprendió lo que resultó ser el primer viaje de circunnavegación del mundo, travesía que en primer término lo llevó a internarse nuevamente en el Mar Dulce, donde avistó el cerro de Montevideo, antes de bordear el Atlántico hacia el sur y descubrir las bahías de Puerto Deseado y San Julián y el estrecho que separa la Tierra del Fuego de la punta austral del continente americano. Seis años más tarde, García Jofré de Loayza bordeó la Tierra del Fuego y descubrió el punto de confluencia de los océanos Atlántico y Pacífico.

En 1526, una expedición comandada por Sebastián Gaboto - que normalmente debía haber seguido los pasos de Magallanes y Elcano - retrazó la vía de entrada a la cuenca del río de la Plata. En las costas brasileñas tuvo noticias del mítico país del Rey Blanco y de las riquezas que escondía, que le confirmaron en el puerto de los Patos los sobrevivientes de la expedición de Solís y los marineros desertores de Jofré de Loaysa (uno de ellos, Alejo García, había perecido después de encabezar la primera expedición terrestre que, en compañía de gran número de indígenas - ya conscientes de esa posibilidad a causa de anteriores migraciones tupí-guaraníes hacia occidente -, se atrevió a cruzar el Paraguay y el Chaco en dirección del Alto Perú). Existían algunas pruebas de sus hallazgos, pero la obsesión del oro y de la plata dominó.

Después de recorrer el estuario hasta el delta del río Paraná y encontrarse con Francisco del Puerto, que pudo servirle de lenguaraz, Gaboto navegó río arriba, descubrió la confluencia con el río Carcarañá, fundó en sus cercanías un apostadero fortificado en Sancti Spiritus (1527), y según se dice, siguió remontando la corriente hasta el río Bermejo. Un presente de los indios que encontró en su camino le hizo creer que estaba cerca de minas de metales preciosos de que tanto se hablaba y por eso prefirió quitar al estuario el nombre que le había dado Solís y denominarlo río de la Plata. Fue entonces que decidió enviar pequeños grupos de expedicionarios hacia el interior. Uno de esos grupos fue el que encabezó Francisco César hacia 1530.

Francisco César partió del fuerte Sancti Spiritus y se internó en busca de El Dorado, hasta llegar a Calamuchita, en las sierras grandes de lo que es hoy la provincia de Córdoba. Uno de sus cronistas, Gerónimo de Bibar, contó que los comechingones de las parcialidades de esa región eran barbudos - indicio que parecía corroborar la leyenda de un Rey Blanco de luenga barba -, se adornaban con diademas de oro al pescuezo y sacaban provecho de grandes algarrobales y de maíz y frijoles en sus tierras fértiles, además de comerciar plata y cobre con tribus andinas y con los querandíes de la pampa.

El relato bastó para atraer hacia Calamuchita a otros grupos de expedicionarios y exploradores, aguijoneados por una temprana fiebre del oro, de la que informaron antiguos co-armadores y pilotos de la flotilla de Gaboto, como Roger Barlow, que volvió a Europa con algunos guanacos mansos y escribió que a 150 leguas al oeste del fuerte Sancti Spiritus «existe una sierra o monte donde abundan el oro y la plata »² .

A César se atribuye en especial la difusión de las leyendas en torno a la existencia de los "tesoros del Rey Blanco" recogidas entre los indios y autenticadas en una ínfima parte cuando expedicionarios españoles recibían dádivas de objetos de oro o de plata o se apoderaban de ellos durante sus exploraciones.

En 1534, Pedro de Mendoza obtuvo de Carlos V la concesión de organizar y dirigir la conquista y colonización de un enorme territorio a partir del río de la Plata. Para entonces, Pizarro ya había emprendido la conquista del imperio inca del Perú (1531-1541) y Almagro la de Bolivia. Pedro de Valdivia entró en Chile en 1540, iniciando así la dura empresa de conquista de la costa del Pacífico en dirección al río Maule. Mendoza inicia el período de los "adelantados", es decir una nueva figura proconsular en la que se combinaban las funciones de jefe militar, empresario y financista con encargo expreso de crear un nuevo dominio para su rey en provecho propio y de sus seguidores. A raíz de las capitulaciones otorgadas en beneficio de Pizarro y Almagro, el Emperador atribuyó a Mendoza una franja de doscientas leguas de uno y otro lado de la cordillera de los Andes, hasta la línea fijada por el tratado de Tordesillas, y desde los límites de los territorios en posesión de Pizarro y Almagro hasta el estrecho de Magallanes.

Lo único concreto que se logró a consecuencia de la capitulación contratada con Mendoza fue la fundación, en enero de 1535, del modesto caserío empalizado de Buenos Aires en una barranca sobre el río de la Plata. Mendoza

² Roger Barlow. *A brief summe of Geographie* (Londres, Hakluyt Society, 1932), pág. 162, citado por Horacio A. Difrieri: *Buenos Aires. Geohistoria de una metrópoli* (Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Colección del IV Centenario de Buenos Aires, 1981), pág. 34.

estaba enfermo, y murió en el viaje de regreso a España, pero dejó parte de su hueste en ese asentamiento. De hecho, un lugarteniente de Mendoza (Ayolas) remontó el Paraná un año después, en 1536 se internó por el río Paraguay, fundó los fuertes de Corpus Christi y la Candelaria, exploró el río Pilcomayo y, según contó Charlevoix, llegó hasta Santa Cruz de la Sierra y Chiquitos, tratando de acercarse a la mítica Sierra de la Plata en el Perú, y volvió a Asunción, fundada en el sitio de la Candelaria en 1537, con un botín de oro y plata conseguido en Charcas. El afán de acercarse al Alto Perú y tener acceso a las riquezas esperadas allí bastó para que en 1541 se decidiera la despoblación de Buenos Aires y la incorporación de sus escasos habitantes en la sociedad de Asunción.

Después de poner 8.000 ducados para sufragar los gastos de su expedición, Alvar Núñez Cabeza de Vaca partió de San Lucas de Barrameda rumbo a América en 1541, con el título de adelantado, gobernador y capitán general del Río de la Plata, con la misión de posesionarse de toda la zona al sur del paralelo 26, para que los portugueses no pudieran apoderarse de ella, y prestar auxilio a los acompañantes de Mendoza que quedaron en América. Atravesó el Atlántico y desembarcó en la isla Santa Catalina; después de abrigarse en Cananea, resolvió dividir su expedición en dos partes. Envío a la primera hacia el río de la Plata, creyendo que podría anclar en Buenos Aires (ya abandonada), y con la segunda - 250 arcabuceros y ballesteros, dos monjes franciscanos, unos pocos indios de raza tupí que sirvieron de lenguaraces y 26 caballos, atravesó con múltiples peripecias - nadie lo había hecho desde la aventura de Alejo García -, ayudado por tribus que encontró en su camino y con los porteadores, canoas, balsas y otros abastecimientos que le procuraron, todos los llanos, montes, abras, bosques, pantanos y ríos de la región entre la costa brasileña y Asunción, adonde llegó en marzo de 1542, descubriendo a su paso las cataratas del Iguazú.

En Asunción desautorizó a Domingo Martínez de Irala - otro lugarteniente de Mendoza, más emprendedor y ambicioso que Ayolas, que había desaparecido durante

una expedición hacia el Chaco - por el abandono de Buenos Aires, que aquél había decidido con vistas a marchar hacia el Alto Perú desde Asunción con todas las tropas que pudiera reunir. También intentó modificar la política de sometimiento de los indios guaraníes instaurada por el anterior gobierno de Asunción, tratando de imponer mejores condiciones de trato para los naturales, para lo cual emprendió una empresa de pacificación, sin exterminio, de las tribus autóctonas del Paraguay. Además, autorizó nuevas exploraciones hacia el oeste, desde Asunción. Irala lo hizo prisionero y durante el cautiverio de Cabeza de Vaca, se internó en el Chaco en busca de El Dorado, y una vez ingresado en el Alto Perú, ofreció sus servicios al comisario regio La Gasca.

La Gasca había sido nombrado con objeto de poner fin a la guerra y los perjuicios económicos provocados por los enfrentamientos entre las facciones rivales de Pizarro y Almagro en el Perú, agudizadas por el asesinato del primero de ellos en 1541, y de restablecer el orden jurídico en esa parte del imperio español. Para ello, Lima, fundada en 1535, se convirtió en el principal centro administrativo y comercial sudamericano, sometido como todas las posesiones del Nuevo Mundo al control monopólico de la Casa de Contratación y a la autoridad del Consejo de Indias de Sevilla. En 1542 se estableció en Lima la Audiencia o tribunal supremo del Perú para hacer respetar el derecho de Indias, y al mismo tiempo se creó un nuevo virreinato, con sede en la misma ciudad, con jurisdicción sobre todo el territorio sudamericano (salvo Venezuela) desde Panamá hasta el estrecho de Magallanes.

Desde el Atlántico los intentos más serios de conquista y colonización se hicieron río arriba o abajo por el Paraná o cruzando desde la isla Santa Catalina el interior brasileño y paraguayo hasta llegar a Asunción, que logró rango de ciudad recién en 1541, después de haber sido, sobre todo, una base fortificada de aprovisionamiento para marchas hacia otros destinos.

Ninguna de las dos márgenes del río de la Plata resultó suficientemente tentadora antes de 1580, acaso porque obsedió a los españoles la idea de acercarse lo más posible

a legendarios yacimientos de oro y plata que fueron el espejismo que los atrajo inicialmente. Buscaban metales preciosos, pero recién encontraron yacimientos de plata en Potosí y Oruro a mediados del siglo XVII, y su extracción fue el principal motor del desarrollo de las economías del Alto Perú y de las gobernaciones del Río de la Plata. Su preocupación por controlar la navegación en ese estuario y disponer de un puerto seguro sobrevino recién después que comenzó el auge de la minería en Potosí. En efecto, al principio, los lingotes y monedas de plata se exportaban a España por la ruta del Pacífico y todo el transporte y comercio de mercancías destinado a la metrópoli o procedente de ella pasaba forzosamente por Lima, sede de un enorme virreinato que abarcaba todas las posesiones españolas desde los confines septentrionales de la actual Colombia hasta Tierra del Fuego. Sin embargo, como hubo que abastecer las ciudades y minas bolivianas con trabajadores indígenas, mulas de carga, tejidos y alimentos, en las comarcas situadas al sur de Bolivia fue cobrando impulso la producción y el comercio fomentados por los pobladores españoles de los fortines y las aldeas, villas y pequeñas ciudades fundadas a partir de los años 1550.

2. Las vías alto peruana y transandina de acceso hacia el noroeste argentino

Mientras se realizaba la campaña iniciada por Mendoza, Almagro había ocupado a Tupiza en el Alto Perú y desde ahí, antes de regresar precipitadamente al norte para disputarle el poder a Pizarro (que lo hizo asesinar en 1538), bajó con 500 españoles y 10.000 indios al noroeste de lo que es hoy la Argentina, que el inca Tupac Yupanqui había agregado a su imperio entre 1471 y 1493, y de ahí hizo su entrada en Chile, mientras otras fuerzas penetraban ese territorio por la banda occidental de los Andes. Así se abrió la segunda corriente conquistadora, que de inmediato tropezó con la bravía resistencia de los araucanos.

Los relatos de la expedición de Francisco César en 1530 pueden explicar los emprendimientos realizados desde el norte por Lorenzo Suárez de Figueroa. En 1543, acompañado de cuarenta y ocho hombres, incursionó rumbo a Cruz del Eje, en la provincia de Córdoba, por parcialidades ocupadas por tribus de comechingones, que no eran guerreros tenaces, pero sabían defenderse desde sus fortificaciones de piedra y peleaban de noche, formados en escuadrones, armados de garrotes y porras, lanzas cortas, hachas, bolas arrojadas, arco y flechas. Esa expedición llegó por el valle de Punilla hasta el futuro asentamiento de la ciudad de Córdoba en la «junta de ríos»).

Por su parte, Diego de Rojas se internó desde el Alto Perú en Jujuy, Catamarca y La Rioja. Sus compañeros prosiguieron la expedición hasta el valle de Calamuchita y descendieron el curso del río Tercero hasta el Carcarañá.

Habilitado para operar en la región del Tucumán, Núñez del Prado dirigió una expedición desde el Alto Perú, que fundó tres asentamientos, que fueron mudados dos veces de sitio, sin perder el nombre de El Barco, entre 1550 y 1552. En 1551 llegó Villagrán a la misma zona, enviado por Valdivia, sucesor de Almagro, en la primera de una serie de entradas desde Chile, con el deseo de extender del otro lado de los Andes los territorios sujetos a su autoridad; atravesó toda la región del Tucumán hasta Córdoba y Cuyo.

A ese último distrito acudieron otros expedicionarios procedentes de Chile; Pedro del Castillo fundó a Mendoza, en 1569, y Juan Jufré a San Juan, en 1562. Entre 1558 y 1560, Juan Pérez de Zurita fundó las poblaciones de Londres en Catamarca, Córdoba en el valle Calchaquí, y Cañete en Tucumán, como medio de promover el intercambio comercial de Chile con toda la región del Tucumán y proteger el territorio contra los diaguitas. Las tres poblaciones, que disponían de unos veinte vecinos cada una, fueron arrasadas por esos indios en muy poco tiempo, pues inmediatamente se produjo el primer levantamiento indígena, dirigido por el cacique de Tolombón. Para ese entonces ya existía el poblado de

Santiago del Estero, fundado en 1553 por Francisco de Aguirre, a quien Valdivia encargó penetrar hacia el Atlántico desde Chile; desempeñó muy útilmente la función de centro de producción, abastecimiento y movilización de huestes para futuras expediciones colonizadoras, aprovechando la facilidad con que los españoles pudieron someter a los indios sedentarios de los alrededores.

La creación de la Audiencia de Charcas en 1563, con jurisdicción sobre una nueva gobernación, la del Tucumán, puso fin a las aspiraciones expansionistas de los conquistadores de Chile. Esa gobernación abarcó los territorios de las actuales provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero, Córdoba y La Rioja (que quedó separada de Chile, que sólo conservó las provincias cuyanas por el lado oriental de los Andes). Sin embargo, el primer gobernador fue Francisco de Aguirre, hombre de Valdivia.

Después que Diego de Villaroel fundó a San Miguel (del Tucumán) en mayo de 1565, Aguirre concibió el plan de extender la conquista hacia el sur, fundar nuevas poblaciones, abrir una ruta directa, por caminos llanos, entre el Alto Perú y el río de la Plata, y de esa manera conectar el noroeste con una vía fluvial por la que pudiera asegurarse, «sin peligro de corsarios», frecuentes en la ruta del Caribe, el transporte de la producción originada en el Alto Perú o enviada desde España. Su intención de fundar una población en Córdoba, comunicada por río con la cuenca del Plata, fracasó a causa del amotinamiento de sus soldados y su enjuiciamiento posterior en Lima.

Por su parte, el virrey Toledo diseñó otro plan desde el Perú: se trataba de conjurar el peligro que representaban los indios chiriguano (contra los que lanzó una expedición punitiva) y los diaguitas insumisos de Jujuy, Salta y Catamarca, para lo cual consideraba preciso fundar pueblos hacia las fronteras con el Alto Perú y asegurarse de que pudieran abastecer a la zona minera de Potosí.

Encargado de aplicar el plan de Toledo, Jerónimo Luis de Cabrera prefirió no acatar la orden de fundar una ciudad en Salta y decidió intentar una salida hacia el mar,

pasando por las tierras de los comechingones, donde pensaba que le sería mucho más fácil que en los valles calchaquíes conseguir indios dóciles para las encomiendas; además, tenía información de que desde Córdoba podría establecer enlace con el Paraná, bajando por los ríos cordobeses hasta el Carcaraña. En 1573 se internó en lo que es hoy la provincia de Córdoba, observó la existencia de hasta 600 caseríos de indios, fundó la ciudad de Córdoba en julio y consignó en el acta respectiva que «uno de los ríos caudales entre los que se asienta la ciudad alcanza a entrar en el río de la Plata», por lo que resultaría factible contar con puerto para «contratarse por el mar del norte [el Atlántico] con los reinos de Castilla».

En efecto, en septiembre siguió el curso del río Tercero y llegó a la desembocadura del Carcarañá, donde fundó un puerto a siete leguas más o menos del fuerte de Sancti Spiritu, obra de Gaboto. Muy poco tiempo después se encontró con las naves de Juan de Garay, que bajaban de Asunción del Paraguay con la intención de «abrir puertas a la tierra»; retrocedió ante él, porque Garay supo probar que tenía todo derecho a ocupar la costa del Paraná, y regresó a Córdoba.

3. Nuevas expediciones y asentamientos en la cuenca del Plata

La búsqueda de una nueva estrategia política y comercial para agilizar los enlaces entre las colonias sudamericanas y Europa tuvo otro propulsor en el oidor Matienzo. Este había propuesto en 1562 la utilización de Asunción del Paraguay como placa giratoria en el tráfico con España; para ello, preconizó la fundación de varios puertos en el estuario del río de la Plata y sobre el Paraná, y la creación, desde Asunción, de vías de transporte fluvial, con varios fondeaderos intermedios, hasta el Alto Perú. En 1566 refinó sus propuestas, basándose en la idea de que convenía crear un nuevo sistema comercial con entrada por nuevos puertos en la cuenca del Plata: la finalidad era reemplazar la ruta del Pacífico entre Lima y Portobelo.

El encargado de llevar a cabo el segundo proyecto sería Juan Ortiz de Zárate, acaudalado minero del Potosí, a quien el rey nombró adelantado del Río de la Plata en 1569, con la misión de fundar por lo menos tres ciudades entre el río de la Plata y Asunción. Ortiz de Zárate contó para ello con Juan de Garay, uno de los pocos oficiales que nunca había participado en las intrigas tramadas en Asunción por partidarios o parientes de Irala para quedarse con el poder tras la caída de Cabeza de Vaca, la resistencia de sus allegados y la muerte de Irala en 1567. Para ese entonces, entre los pobladores de Asunción había más mestizos que peninsulares y por eso fue que las gentes con las que Garay emprendió su expedición río abajo por el Paraná comprendían muchos "mancebos de la tierra", es decir criollos cuyos padres y abuelos habían participado de alguna manera en la conquista y la pacificación del Paraguay; ya tenían costumbre de tratar con los indígenas, con los que a menudo tenían lazos de sangre y los formaron de camaradería y mutuo aprendizaje, y encarnaban muchas de las virtudes y defectos de una población tumultuosa, conflictiva y aguerrida, poco dispuesta a abandonar las ventajas conseguidas durante muchos años de aislamiento dentro del régimen colonial. Fue con ellos que Garay fundó Santa Fe en 1573, estableció los fortines de San Salvador y San Juan en las colinas que dominan la desembocadura del río Uruguay en el río de la Plata, y procedió a la segunda fundación de Buenos Aires en 1580, con sesenta y tres pobladores. De esa época quedan huellas muy precisas de las preocupaciones de Garay. Por un lado, había heredado de todos sus predecesores la pasión por los metales preciosos. A raíz de una salida por la orilla del mar hacia lo que es hoy Mar de Plata, durante la cual se encontró con indios que le hicieron creer que había oro y plata en las estribaciones andinas. Por eso proyectó una expedición a la Patagonia, creyendo que allí encontraría a la ciudad de los Césares. Menos fabuloso, pero mucho más valioso a la larga, fue su descubrimiento de que había «buen golpe» de ganado caballuno cerca de Buenos Aires, lo que le hizo plantear nuevamente su súplica de que se «hiciese

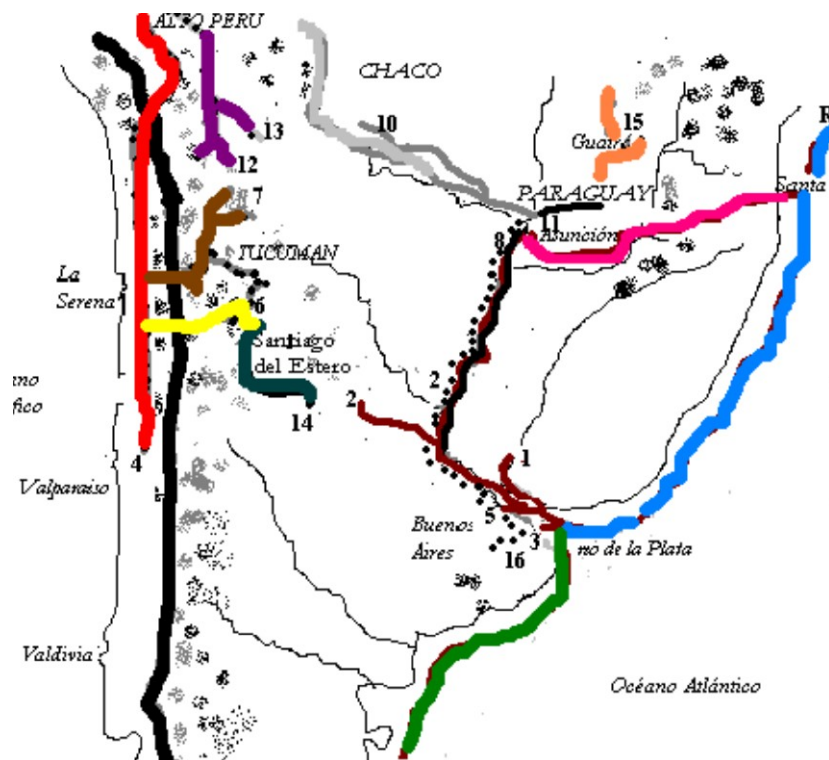
merced» a Buenos Aires y Santa Fe de todo ese ganado «para que lo puedan tener por dehesa de ganado común».

Como puede deducirse del mapa 3 y del cuadro 1, el orden en que los españoles fueron fundando fuertes, pueblos y ciudades en América austral denota grandes diferencias según la región de que se trate. Santiago del Estero y Asunción fueron los dos primeros centros de irradiación para el poblamiento de América austral.

A pesar de la intensa resistencia de los araucanos, las fundaciones de Pedro de Valdivia y sus seguidores revelan un reconocimiento cuidadoso de la topografía chilena, que les hizo pasar por alto la posibilidad de crear asentamientos cristianos cerca de donde ya existían concentraciones indígenas importantes, como en toda la zona de Antofagasta hasta el valle de Coquimbo, y preferir un avance progresivo hacia el sur y, más tarde, por los pasos trasandinos hacia Cuyo y el Noroeste. Algo parecido sucedió del otro lado de la cordillera de los Andes.

Hasta que no abrieron un frente de avance colonizador desde Santiago del Estero, dejaron libre la zona norte (Tucumán, Jujuy y Salta) acaso porque se dieron cuenta a tiempo de la resistencia que cabía esperar de los humahuacas y de los diaguitas norteños y porque preferían llanuras de aluvión bien irrigadas y bosques de quebracho, urunday, guayacán y ñandubay como los que había en tierras santiagueñas. En toda la región del Tucumán, los conquistadores fracasaron varias veces en su elección de lugares propicios para sucesivas fundaciones. Pronto emprendieron una expansión más firme hacia el centro de la Argentina actual, una vez seguros de que por la vía cordobesa podrían alcanzar al río de la Plata y al Paraná, y remontando este último río las colonias del Paraguay.

Mapa 3. Corrientes colonizadoras



A. Vía del Atlántico.

1. Ruta de Solís (1515-1518). 2. Ruta de Magallanes (1520) y García de Loayza (1526). 3. Ruta de Gaboto (1526) y expedición de Francisco César. 5. Ruta de Mendoza (1535-1530). 11. Ruta de Alvar Núñez Cabeza de Vaca hacia el Paraguay (1541).

B. Vía trasandina

4. Ruta de Almagro y Valdivia hacia Chile (1537- 1541). 6. Ruta de Francisco de Aguirre hasta fundar Santiago del Estero (1553). 7. Rutas de Villagrán, Pérez de Zurita y Cofre desde Chile.

C. Vía por el Chaco hacia el Alto Perú

8. Ruta de Ayolas (1538-1539). 18. Ruta de Irala (1539-1541), proseguida por los jesuitas.

D. Vía altopereano

12. Rutas de Suárez de Figueroa y Diego de Rojas (1542-1543). 13. Ruta de Núñez del Prado (1550-1552).

E. Vía tierra adentro

9. Ruta de Ayolas, Salazar e Irala hacia el Paraguay (1538-1540). 14. Ruta de Jerónimo Luís de Cabrera (1573). 15. Ruta de los jesuitas hacia el Guairá. 16. Ruta de Garay río abajo por el Paraná y desde Buenos Aires por la costa rioplatense (1573-1580).

4. Campamentos, fortines, aldeas, ciudades-fuerte

Primero hubo campamentos reforzados con empalizadas para resguardar a la soldadesca, los frailes y sus viviendas, las armas, la comida, las mercaderías, los bagajes y los escasos caballos y otros animales; después se construyeron defensas más sólidas no sólo para

protegerse de los indios sino para controlar mejor a elementos hostiles o revoltosos entre los propios conquistadores. Pronto aparecieron los primeros recintos fortificados, hechos de adobe, troncos y ramas. Surgió así la aldea protegida, con suerte transformada más tarde en ciudad-fuerte, necesaria para que el conquistador que había recibido ciertos derechos territoriales por la vía de una capitulación o de una donación, demostrase que tomaba posesión de su territorio y que al «ocupar la tierra» tenía la voluntad de dar una radicación permanente a todo un grupo, aunque poco después se lanzara desde un lugar resguardado precariamente en pos de nuevas comarcas que doblegar, si fuese posible gracias al encuentro de indios que mostraran más disposición a someterse que a guerrear y pudieran servir de intermediarios, intérpretes y guías en busca de riquezas escondidas. Cuando pudieron ocupar pueblos indígenas, sobre todo en el noroeste y el Alto Perú, los conquistadores aprovecharon los recintos de piedra en que moraban los primitivos habitantes.

En las ordenanzas de población de 1573, Felipe II incluyó disposiciones detalladas sobre la forma en que debían realizarse los nuevos descubrimientos y asentamientos.

Todo lo descubierto o pacificado que estuviera sujeto a la Corona debía poblarse de españoles e indios. Los nuevos descubridores, pobladores y pacificadores, con sus hijos y descendientes, recibirían solares, tierras de pasto y labor, y estancias de dimensiones fijadas en caballerías y peonías, que podrían guardar en perpetuidad; la misma condición era aplicable a quienes hubieran residido en tierras pobladas por ellos durante cinco años por lo menos.

De conformidad con las reglas dictadas por la Corona, para fundar un pueblo había que contar con treinta vecinos por lo menos -aunque esa regla era de difícil cumplimiento debido a la dispersión de la magra población europea-, cada uno de los cuales dispondría de «una casa, cuatro bueyes (o dos bueyes y dos novillos), una yegua de vientre, cinco puercas de vientre, gallinas y un gallo, y veinte ovejas de vientre de Castilla». Pero ninguno de los

asentamientos primitivos tuvo mucha población. A fines del siglo XVI, San Miguel del Tucumán tenía 25 vecinos apenas; había 40 en Córdoba y en Jujuy y 48 en Santiago del Estero. Los blancos muy rara vez excedían la centena (Mendoza fue quien trajo consigo más hombres de guerra y pobladores en dirección del río de la Plata). No es de extrañar, pues, que las listas de los expedicionarios y pasajeros que llegaron al río de la Plata entre 1535 y 1580 arrojan cifras inferiores a 3.500 personas, que difícilmente podrían ser mucho más abultadas si se incluyeran los que no figuraban en los registros por ser polizones y los que vinieron del Perú o de Chile.

5. Cómo tenían que ser los pueblos

Un pueblo de españoles debía reunir las siguientes condiciones: un sitio elegido con cuidado, «donde haya sanidad, fortaleza, fertilidad y copia de tierras de labor y pasto, leña y madera, materiales, agua dulce, gente natural, comodidad,» y posibilidades de entrada y salida, así como de acarreo; en lugares sobre la costa, había que evitar la contaminación de cualquier pantano cercano y la presencia de animales venenosos. La superficie mínima debía ser de cuatro leguas cuadradas, situadas a cinco leguas de cualquier otro asentamiento, pero esto podía variar habida cuenta de la calidad de la tierra.

Cada poblado rudimentario estaba destinado a crecer conforme al modelo impuesto por España a las colonias: trazado en damero, generalmente con manzanas cuadradas y con una plaza mayor como núcleo, alrededor de la cual se construían la iglesia, el fuerte, el cabildo (sede del gobierno municipal por los notables del vecindario), y se ubicaban las casas de paja, de adobe o, a veces, de piedra, en los lotes asignados a los vecinos, con tiendas y casas para tratantes. Había que determinar los solares, el ejido y la dehesa comunales; hecho esto, se dividía el resto en cuatro partes, una para el fundador del pueblo y las otras tres repartidas en suertes entre los vecinos, con «derecho a hacer mayorazgo» de lo que hubieren plantado y edificado. La plaza mayor ocupaba un

lugar frente al desembarcadero, en caso de haber puerto, o en medio de la población de lo contrario; de ella debían salir cuatro calles principales, orientadas hacia los cuatro vientos. Las calles debían ser anchas en lugares fríos y angostas en los calientes.

Para lograr propiedades de mayor extensión, era necesario obtener mercedes de labor, si se trataba de tierras destinadas al cultivo, o mercedes de estancias (la estancia era una unidad de medida, que llegó a ser el equivalente de 780 hectáreas, y acabó siendo el nombre que se daba a cualquier hacienda de grandes dimensiones).

José Luis Romero resume así la política de poblamiento y urbanización :

No sólo por su gusto remedaba el fundador lo que dejaba en la península. Estaba instruido para que estableciera el sistema político y administrativo de Europa, los usos burocráticos, el estilo arquitectónico, las formas de vida religiosa, las ceremonias civiles, de modo que la nueva ciudad comenzara cuanto antes a funcionar como si fuera una ciudad europea, ignorante de su contorno, indiferente al oscuro mundo subordinado al que se superponía... Una idea resumió aquella tendencia: crear sobre la nada una nueva Europa³ .

Como en todo lo demás, las detalladas instrucciones de los monarcas españoles no fueron acatadas a cabalidad, quedaron en letra muerta o fueron adaptadas conforme a los intereses creados o las preocupaciones circunstanciales de sus súbditos en América. Era un propósito loable, que resulta utópico si se piensa en la topografía de las comarcas en que pudieron asentarse los muy escasos pobladores españoles de América austral, en las diversas idiosincrasias, calidades y posibilidades personales que tenían y en las transformaciones de caracteres que pudieron sobrevenir entre la soldadesca en el curso de tantas correrías.

³ José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1976), pág. 67.

6. Asentamientos posteriores

Apenas una estacada se transformaba en un fuerte más sólido (germen de todo un nuevo caserío o de un asentamiento a proximidad o sobre el mismo lugar de un poblado indígena sumiso), la voluntad expansionista obligó a crear puestos de avanzada que fuesen marcando todo un conjunto de puntos de etapa y reagrupamiento entre lugares ya poblados, separados por grandes distancias y obstáculos naturales.

Cuando llegó el momento de tender rutas desde el interior hacia el Atlántico, es decir cuando fue imperativo «abrir puertas a la tierra», se buscaron buenos apostaderos intermedios hasta encontrar fondeadores naturales y riberas accesibles para navíos que pudiesen llegar de ultramar o maniobrar sin tropezar con arrecifes o bancos de arena en los ríos. A veces, los expedicionarios decidieron asentarse cerca de un promontorio o una elevación sobre la costa, al lado de un riachuelo, sin preocuparse de escoger aguas de fondo suficiente en lugares bien reparados; tanto en ocasión de la primera (1536) como de la segunda fundación (1580) de Buenos Aires no se pensó en elegir una mejor ubicación para una población destinada a ser puerto principal de ultramar, lo que explica en parte la importancia que, desde un siglo más tarde, cobraron mejores puertos, como la Colonia del Sacramento.

A lo largo de las rutas terrestres, en los cruces de caminos, cerca de alguna pulpería, al borde de un río que hubiese que balsear, sobre las marcas de antiguos arrees o “rastrilladas”, cerca de algún caserío indígena o de una estancia cuya producción se pudiera comerciar, o allí donde el primitivo sistema de diligencias y correos fue creando sus postas, aparecieron más poblaciones intermedias, a menudo minúsculas. Pero esta política llevó mucho tiempo. Pasa por la habilitación de los primeros caminos carreteros que unieron a Córdoba con Mendoza (1576), a Buenos Aires con Córdoba (1583) y a ésta con Santa Fe (1586), la inauguración de servicios de posta con

destino a Potosí, Chile y Paraguay y el desarrollo lentísimo del correo, iniciado en forma de monopolio privado en 1514, en toda América, y transformado en servicio público, primero terrestre y luego también marítimo, recién a partir de 1748.

A las reducciones de indios organizadas por otras órdenes religiosas se añadieron a partir de 1618 más de treinta asentamientos importantes (las "misiones", también llamadas "doctrinas") creados por los jesuitas, con abundante población indígena, alojada en viviendas colectivas o familiares, cerca de los talleres en que se les enseñaban oficios, conforme a un plan uniforme de construcción urbana y de explotación de la tierra abarcada por los límites de cada misión; lo mismo que en sus estancias del Tucumán, tanto la actividad productiva como la acción evangelizadora y educativa se desarrollaba alrededor de la capilla, que en muchos casos llegó a ser de mejor factura arquitectónica que la de muchas iglesias de los pueblos y ciudades del resto del país.

Como ya veremos, muchos pueblos fueron devastados por los indios o por contingentes organizados por mercaderes de esclavos procedentes de las colonias portuguesas; hubo que evacuar pobladores y trasladarlos a lugares más protegidos. El caso más conocido es el de la emigración forzosa de los guaraníes de la región del Guairá, que los jesuitas condujeron hasta nuevos asentamientos entre los ríos Paraná y Uruguay y más allá, en lo que hoy son estados meridionales del Brasil o territorio uruguayo. Por las fronteras septentrionales y por la faja meridional entre Cuyo y Buenos Aires, la dispersión de las poblaciones no hizo sino aumentar la amenaza de saqueos y matanzas.

Cuadro 1. Orden cronológico de las fundaciones, por regiones, en los siglos XVI y XVII

PERÚ Y ALTO PERÚ	CHILE	TUCUMÁN Y CUYO	LITORAL <i>(Paraguay, Misiones, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe)</i>	COSTAS DEL RÍO DE LA PLATA <i>(y zona de influencia de Buenos Aires)</i>
Lima (1535)	Santiago (1541)	Barco I (1550) Barco II (1551)	Sancti Spiritu (1527)	Buenos Aires (1536-1541)
La Plata (Charcas, Chuquisaca) (1538)	Valparaíso (1543)	Santiago del Estero (1553) Londres (1558)-San Fernando de Catamarca (1683)	Corpus Christi (1534)	Buenos Aires (1580)

Comienzos de la conquista y colonización
27

Potosí (1545)

San Lorenzo de la
Frontera o de la
Barrance (Santa Cruz
de la Sierra) (1561,
1590)

Tarija (1574)

Oropesa

(Cochabamba) (1577)

Mizque (1603)

Oruro (1604)

Mendoza

(1559,1561)

Del Barco (1550)-

Cañete (1560)- **San**

Miguel del

Tucumán (1565)

(1685)

Nueva Tierra de

Promisión (1565)

San Juan (1562)

Esteco (1566)

Talavera del Esteco

(1567)

Córdoba (1573)

San Francisco de

Alava (1575)

Clemente I y II

(1577)

Salta (1582)

La Rioja (1591)

Nueva Medina de Río

Seco (1594)

Madrid de las

Juntas (1592)

San Luis (1594,1596)

Humahuaca (1594)

Nueva Madrid (1592)-

Nuestra Señora de

Talavera de Madrid

(1609-1692)

Catamarca (1683)

Buena Esperanza

(1534)

Candelaria (1536)

Asunción (1537)

Santa Fe (1551,

1573)

Ontiveros (1554)

Ciudad Real (1555)

Villa Rica del

Espíritu

Santo, I (1557)

Santiago del Jerez

(1594)

Santa Fe

(1573-1650)

Corrientes (1588)

Concepción del

Bermejo

(1585-1632)

San Ignacio Miní

(1611)

Santiago del

Guadálcazar

(1627-32)

Villa Rica II (1633)

Villa Rica III (1676)

La Bajada

(Paraná)

(1671)

Soriano (1624)

Luján (1630)

Quilmes (1670)

Colonia del

Sacramento

(1680)

Montevideo (1726)

